La vieja casa estucada de mama
Tennessee Williams




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cubierto tan sólo con los pantalones cortos en que había dormido, Mr. Jimmy Krenning entró con paso incierto en la cocina iluminada por la cegadora luz del mediodía, a fin de tomarse el café con que solía desayunarse. En el curso de aquel verano, Mr. Jimmy Cheng había perdido tanto peso que, ahora, los pantalones cortos que llevaba se le escurrían por las estrechas caderas y el hundido vientre. Al principio, la chica negra, Brinda, que últimamente sustituía a su madre enferma en las faenas domésticas de la casa de los Cheng, se sintió no sólo cohibida sino también ofendida, por el modo en que iba Mr. Jimmy Cheng, paseando de aquella forma ante ella, y yendo de un lado para otro, como si ella no fuera una chica joven, como si ni tan siquiera fuese un ser humano, igual que si fuera un perro. Brinda era una muchacha linda y tímida que había sido educada con más esmero que muchas chicas blancas de Macón, Georgia. Al principio, Brinda pensó que Mr. Jimmy Cheng se portaba con tan mala educación debido a que ella era negra. Y por esto se sentía ofendida. Pero ahora había llegado a comprender que Mr. Jimmy se hubiera portado exactamente igual ante una chica blanca, ante cualquier persona de cualquier raza, edad o educación. Mr. Jimmy ignoraba de un modo tan real y verdadero la presencia de los seres humanos, cuando penetraba en la cocina en busca del café, que parecía imposible que pudiera esbozar una sonrisa o pronunciar una frase. La culpa de esto la tenían las noches. La noche le dejaba tan atontado como si Mr. Jimmy fuera el único superviviente de un accidente de aviación. Y, ahora que Brinda comprendía lo anterior, ya no se sentía ofendida, pero seguía sintiéndose cohibida. Procuraba mantener la vista apartada de Mr. Jimmy, pero esto no resultaba fácil, ya que Mr. Jimmy tenía la costumbre de sentarse en el borde de la mesa de la cocina, exactamente en el lugar en que incidía la luz del mediodía que penetraba por la puerta, dedicado a beber el café directamente de la cafetera, en vez de beber el de la taza que Brinda había colocado sobre la mesa.

Brinda preguntó a Mr. Jimmy si el café estaba caliente. Lo había sacado del fuego media hora antes, cuando oyó que Mr. Jimmy saltaba de la cama. Pero esta mañana, Mr. Jimmy estaba tan abstraído que creyó que Brinda le hablaba del tiempo, y repuso:

-Sí, este calor me está abrasando las pelotas.

Estas eran las palabras que la madre de Brinda había aconsejado a ésta que no escuchara, o que fingiera no oír. Su madre le había dicho: «No creas que quiera decir nada concreto al hablar así. A veces se debe a que quiere ser simpático y gracioso, y otras a que ha bebido demasiado por la noche, y la mejor manera para que deje de hablar así es fingir que no le oyes. Cuando yo vuelva a hacer faenas a casa de los Cheng, ya me encargaré de darle una buena lección al chico.»

La mamá de Brinda todavía esperaba, o fingía que esperaba, volver a trabajar en casa de los Cheng, pero Brinda sabía muy bien que aquella enfermedad la llevaría a la tumba. Por rara coincidencia, la mamá de Brinda y la mamá de Mr. Jimmy habían caído mortalmente enfermas aquel mismo verano. La de Mr. Jimmy, víctima de una apoplejía; y la de Brinda, de una crónica enfermedad del hígado, que había llegado a un estado de gravedad tal que probablemente no le permitiría volver a ponerse en pie. A pesar de ello, la mamá de Brinda se hallaba en mejor estado que la de Mr. Jimmy, ya que esta última yacía en aquel enorme y viejo lecho de bronce, con el habla totalmente perdida, y absolutamente inmóvil, de suerte que nadie sabía si gozaba de conciencia o no, y había permanecido así desde la primera semana del mes de junio, hacía ya tres meses. Pese a que la mamá de Brinda ignoraba que la enfermedad que padecía la llevaría a la tumba, no ignoraba que la de la vieja señora Cheng era fatal, lo que la entristecía sobremanera, y todas las noches preguntaba a Brinda si la señora Cheng había dado muestras de estar consciente, durante el día. A veces, Brinda podía dar a su madre alguna novedad, porque algunos días parecía que en los ojos de la señora Cheng hubiera un poco más de

vida que en los días anteriores, y algunas veces, muy pocas, la señora Cheng dio k impresión de intentar decir algo. Brinda o la enfermera de día tenían que alimentar a cucharadas a la señora Cheng, y, a veces, la señora Cheng rechazaba la cuchara con los dientes, y, otras veces, aceptaba la cuchara, y tragaba la mitad de su contenido antes de dejar que el suave alimento pastoso se le saliera de la boca y le resbalara por el grisáceo mentón.

Brinda también guisaba para Mr. Jimmy, preparándole el almuerzo y la cena, pero Mr. Jimmy casi nunca comía. Brinda dijo a su mamá que era una pérdida de tiempo y comida guisar para Mr. Jimmy, pero su mamá le contestó que debía seguir preparando las cenas y almuerzos, y disponiendo la mesa, tanto si Mr. Jimmy bajaba como si no bajaba al comedor, cuando Brinda tocaba la campana. Ahora Brinda solamente preparaba comida fría, como delgados bocadillos que envolvía en papel parafinado y dejaba en la nevera, a disposición de Mr. Jimmy. Los no consumidos almuerzos de Mr. Jimmy atestaban la nevera. Las bandejas y los cuencos se amontonaban allí. Y algunas mañanas Brinda descubría que la gran cantidad de comida almacenada en la nevera había casi desaparecido, como si se la hubiera tragado una horda de hambrientos invitados, en tanto que sobre la mesa de la cocina quedaban los restos, en los platos, y Brinda comprendía que había ocurrido exactamente lo que había conjeturado, y que Mr. Jimmy había invitado a una multitud de amigos y conocidos, quienes habían devorado la comida preparada para Mr. Jimmy, y que éste no había ni tan siquiera tocado. Pero Brinda había dejado de explicar a su mamá lo que ocurría en casa de los Cheng, debido a que un día la mamá, al oír la relación de Brinda, bajó penosamente de la cama y fue a casa de los Cheng, con el fin de regañar a Mr. Jimmy. Pero, cuando llegó, se sintió tan débil y tan sin aliento que no pudo siquiera hablar. Lo único que pudo hacer fue mirar a Mr. Jimmy, sacudir la cabeza y derramar unas cuantas lágrimas. No pudo subir las escaleras para ver a la señora Cheng, y Mr. Jimmy tuvo que cogerla del brazo para que pudiera llegar hasta su automóvil, y, luego, en éste, la devolvió a casa. En el automóvil, la mamá de Brinda no dejó de jadear como un perro viejo, y sólo pudo decir : « ¿Mr. Jimmy, por qué se porta así? »

Por esto, aquella mañana, Brinda aguardó fuera de la cocina el tiempo suficiente para que Mr. Jimmy terminara el café. A veces, después de tomar el café, Mr. Jimmy, parpadeando ante la luz del sol, salía de la puerta trasera de la cocina y cruzaba el patio en dirección a su «taller», pequeño barracón encalado, con una claraboya en el techo, en el que únicamente él entraba. En las paredes de este barracón no había ventanas que permitieran ver su interior, pero, un día en que Mr. Jimmy fue en su automóvil a la ciudad, dejó la puerta del barracón abierta. Brinda se acercó, y vio una escena de tan terrible desorden y violencia que parecía que por allí hubiera pasado un tornado, o que alguien hubiera encerrado allí al mismísimo demonio, pese a que en el momento en que Brinda miraba aquello había silencio y sólo se oía el zumbido de una mosca, como si él tornado o el demonio que habían volcado y destrozado cuanto había bajo el gran ojo azul de la claraboya hubieran quedado ya exhaustos o hubieran muerto. Brinda pensó en entrar y poner un poco de orden, pero en aquella confusión había algo, muy extraño, que causaba la impresión de que entrar fuera peligroso, por lo que se limitó a cerrar, la puerta, y reanudó la confortante tarea de hacer las camas, en el interior de la casa. En la casa, siempre había que hacer más de una cama, sin contar la de la señora Cheng. La enfermera de noche se encargaba de hacer la cama de la señora Cheng, así como de dejar las sábanas sucias en el pasillo, para que Brinda las lavara. Desde que Brinda había sustituido a su mamá en las faenas de la casa, por ésta habían pasado cinco enfermeras de noche, y cada una de ellas se había despedido alegando la misma razón, a saber, que las noches en aquella casa eran un escándalo intolerable. Ahora un hombre, un

enfermero, atendía a la vieja señora por la noche. Era un hombre joven, repelentemente rudo, pelirrojo, con brazos gruesos como un jamón, cubiertos de una pelambre blanquecina. A Brinda este cambio la escandalizó tanto que no tuvo valor para contárselo a su madre. Tenía miedo de subir a las habitaciones del primer piso, hasta el momento en que llegaba la enfermera de día, o sea a las once de la mañana. En cierta ocasión, tuvo que subir para despertar a Mr. Jimmy, ya que alguien le llamó por teléfono desde Nueva York. Y el enfermero le interceptó el paso, en la escalera trasera, agazapándose ante ella, sonriéndole y sacándole la lengua en gesto de burla. Brinda le dijo: «Por favor...» E intentó seguir adelante, pero él la siguió, la cogió por un brazo y tiró de ella hacia atrás, con aquel brazo que parecía un jamón rojo que de repente hubiera cobrado vida, mientras con la otra mano hacía torpes y aterradores movimientos, con la intención de tocar el cuerpo de Brinda, quien se puso a gritar y a gritar, hasta que Mr. Jimmy y la persona que había pasado la noche con él salieron desnudos del dormitorio, y el enfermero tuvo que soltar a Brinda, y se excusó diciendo que sólo quería bromear un poco. A Mr. Jimmy, el enfermero le llamaba «el Pastel», y a la señora Cheng «Doña Veneranda». Este enfermero dejaba en la habitación de la enferma gran abundancia de envolturas de caramelos en barra, de botellas de cerveza vacías y de folletines con historietas ilustradas. Desde que el enfermero comenzó a prestar sus servicios, Brinda advirtió que en los ojos de la paralítica había una mirada de horror, siempre que ella acudía al dormitorio, por la mañana, con dos huevos pasados por agua.

Esta mañana fue el enfermero, y no Jimmy, quien, con paso incierto y parpadeando, salió al patio que comunicaba con la cocina, y gritó:

-¡Blancanieves, ven acá! ¡El Pastel te necesita!

Brinda había sacado al patio unas sábanas recién lavadas, pertenecientes a la cama de la señora Cheng, para tenderlas a secar, y se dedicó a colgar muy calmosamente las húmedas y pesadas piezas de tela en el alambre, a fin de dejar pasar el tiempo suficiente para que el enfermero se fuera antes de regresar ella a la casa. Pero, en el momento en que el enfermero la llamó, en nombre de Mr. Jimmy, hacía ya una hora que hubiera debido partir. Brinda regresó a la cocina, y encontró a Mr. Jimmy todavía allí, sentado, aun cuando había dejado de beber café y bebía whisky, y, en vez de estar sentado en el borde de la mesa, lo estaba en una silla. Mr. Jimmy, sin dejar de parpadear, mientras miraba a Brinda, como si la luz del sol fuera la causa de su parpadeo, dijo:

-Miss Brinda, el hijoputa del enfermero dice que mamá se ha ido al otro barrio...

Brinda se echó a llorar, automática pero sinceramente, ante Mr. Jimmy. Este le cogió cariñosamente la mano, y Brinda, con la consiguiente vergüenza y pasmo ante lo que hacía, avanzó un paso, abrazó los blancos y desnudos hombros de Mr. Jimmy, y los oprimió con sus brazos de suave color tostado, casi del color de la miel, como si Mr. Jimmy fuese un niño extraviado. Mr. Jimmy apoyó la cabeza en el hombro de Brinda, y, con todavía mayor pasmo que antes, ésta advirtió que su mano cogía la cabeza de Mr. Jimmy, por la parte de atrás, cubierta de denso cabello, y la oprimía contra su hombro, firmemente. Mr. Jimmy la dejó hacer, en silencio, durante unos breves instantes, y después la apartó de sí suavemente, poniéndole las dos manos en la cintura, y dijo:

-Miss Brinda, más valdrá que suba al dormitorio de mamá, y lo arregle un poco antes de que vengan a buscar el cadáver.

Brinda esperó al pie de la escalera de servicio hasta que tuvo la seguridad de que el enfermero se había ido, y entonces subió y entró en el dormitorio de la señora Cheng. Una mirada le bastó para comprender que la anciana había muerto. Contuvo el aliento, y rápidamente recorrió el dormitorio recogiendo pegajosas envolturas de caramelos, botellas de cerveza e historietas ilustradas manchadas de chocolate, toda aquella suciedad

entre la que la señora Chengg había abandonado este mundo. Después, volvió corriendo a la cocina, y, allí, se dio cuenta de que de repente había comenzado a gritar órdenes a Mr. Jimmy:

-¡Mr. Jimmy, vaya enseguida arriba! ¡Tómese una ducha fría! ¡Aféitese y póngase ropa limpia, porque su mamá se ha muerto!

Mr. Jimmy emitió unos gruñidos con los que pareció acceder a lo que Brinda le ordenaba, hizo una profunda inhalación, y subió al piso superior, mientras Brinda llamaba por teléfono a la funeraria de los blancos, cuyo nombre y número de teléfono había anotado, a lápiz, siguiendo instrucciones de su madre, en el pequeño directorio de teléfonos encuadernado en negro de Mr. Jimmy. Después, desde arriba, Brinda oyó la voz de Mr. Jimmy que hablaba por el teléfono del piso inferior, en voz muy baja y tranquila, a alguien, y le contaba lo ocurrido, y poco después sonó el timbre de la puerta y comenzaron a llegar amigos de Mr. Jimmy, todos serenos, al parecer, y hablando en voz insólitamente baja. Brinda se puso su sencillo y limpio sombrerito blanco, y corrió a casa de su mamá. Sabía que su mamá haría otro esfuerzo para bajar de la cama y acudir a casa de los Cheng, pero, habida cuenta de lo ocurrido, | esto le pareció a Brinda justificable. Sí, Brinda no se equivocó. Su mamá lloró un poco y dijo:

-Ayúdame a levantarme, Brinda. Tengo que ir allá, para cuidarme de todo, no sea que hagan disparates.

En esta ocasión, la mamá de Brinda pareció encontrarse más fuerte, aunque para levantarse de la cama tuvo que realizar un esfuerzo mayor que el hecho la primera vez. Brinda alquiló un taxi. Al coger a su mamá por la cintura, >| pudo notar lo delgada que estaba la moribunda. Era sólo piel y huesos, pero anduvo lenta y seguidamente hasta el taxi, y, una vez en él, se sentó muy erguida. Llegaron a la i gran casa de los Cheng, con la fachada de estuco estropeado por la intemperie, que ahora estaba atestada ¡de amigos de Mr. Jimmy, y en la que sólo había dos o tres personas mayores, amigas, o, mejor dicho, que en otros tiempos fueron amigas del viejo señor Cheng. En la casa remaba un ambiente recatado, tal como correspondía, con f las persianas bajas, y todos parecían educadamente apenados, sin hacer falsas exhibiciones de dolor, pero observando fielmente la actitud que las convenciones prescriben ante la presencia de la muerte. Había muchos militares jóvenes, procedentes de la cercana base aérea, pero también se portaban muy correctamente, ya que hablaban en voz baja y adoptaban actitudes muy decorosas. Todos sostenían vasos con bebidas en la mano, pero ninguno de ellos estaba embriagado, y, cuando los empleados de la funeraria bajaron por las escaleras el cuerpo de la anciana señora Cheng en una camilla, cubierto con una sábana blanca, todos guardaron un perfecto silencio, salvo una muchacha que comenzó a sollozar, se levantó bruscamente y se abrazó a Mr. Jimmy, gozando intensamente de su estallido de emoción.

El aire de frialdad adoptado por Mr. Jimmy desapareció en el mismo instante en que la puerta se cerró tras las espaldas de los hombres que se llevaban el cadáver de su madre:

-¡Muy bien! ¡Ya se la han llevado! ¡Ahora os puedo contar cómo era mi madre! ¡Era más dura que mi puño!

La muchacha que sollozaba, imploró:

-¡ Jimmy, por favor! ¡ Jimmy!

Mr. Jimmy la apartó de sí, mediante un empujón, y propinó un puñetazo tan fuerte a la mesilla que estaba al lado del sillón, que el vaso que había encima se cayó al suelo.

-¡Era más dura que mi puño! ¡Y jamás mientras vivió me dio la menor libertad para vivir a mi manera! ¡Era tan dura como mi puño, sí, como este puño con el que acabo de atizar un golpe en la mesa, más dura que mi maldito puño! ¡Palabra! Pero ahora se

ha ido de esta casa y nunca jamás volverá, y la casa es mía. Sí, me trataba como si fuera un objeto de su propiedad, sí, yo era de su propiedad, de la misma manera que también lo era la casa, y era dura como mi puño, y era tan agarrada como mi puño, y protegía su dinero igual que una gallina vieja protege los huevos de vidrio que le dan a empollar, y era tan agarrada y dura como mi puño. Sólo una vez escapé de casa, una sola vez en toda mi vida pude escapar de la férula de mi madre. Fue cuando aquel viejo asqueroso me llevó con él a Nueva York, y luego se cansó de mí, y me dijo que me fuera a la puñetera calle, sí, sí, es verdad, y exactamente eso es lo que hice. Hizo una breve pausa, y siguió:

-¿Y queréis saber una cosa graciosa? ¿Sí? ¡Pues incluso después de volver a esta casa no dispuse de llaves! ¡No señor! ¡Jamás tuve llave de la casa! ¡Hasta el momento en que mi madre sufrió el ataque, no tuve la llave de la puerta! Después de cenar, mi madre cerraba la puerta, y si yo estaba fuera, me esperaba aquí, sentada en esta silla. ¿Y sabéis , la causa del ataque de apoplejía? Una noche llegué a casa, y, por la ventana, desde fuera, la vi sentada aquí, esperando para abrirme la puerta cuando . llamara al maldito timbre, pero yo no llamé, no golpeé la puerta, ni di una voz siquiera, sino que abrí la maldita puerta de una patada. Di una patada a la puerta, entré, y mi madre soltó un grito. Cuando entré, después de abrir la puerta de una patada, tal como he dicho, la encontré en el suelo, paralizada, aquí, en el suelo de esta habitación, y, a partir de entonces, no volvió a hablar ni a moverse, y así es como a mi madre le dio la apoplejía. Y ahora, ¡ mirad! Mirad lo que tengo en el bolsillo. ¿Lo veis? ¡Todas! las llaves de la vieja casa estucada de mamá! Del bolsillo del pantalón extrajo un gran manojo de llaves, unidas a un aro de bronce, adornado con un par de: dados rojos, y lo levantó en el aire.

En aquel momento, una voz suave y débil le llamó: -¡Mr. Jimmy...!

Era la mamá de Brinda que le hablaba desde las sombras de la estancia contigua. Mr. Jimmy hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza, como si de repente hubiera quedado calmado, tras quemar las energías de la ira. Arrojó el manojo de llaves al aire, lo recogió al vuelo, se las guardó en el bolsillo y se hundió en el sillón. Todo lo hizo casi en un solo impulso, y, en aquel preciso instante -afortunadamente-, llegaron el pastor y su esposa, con lo que en la estancia volvió a imperar aquel decoroso ambiente anterior, de manera que pareció que el velo del decoro hubiera sido levantado hasta la altura del techo en el momento de producirse la temperamental explosión de Mr. Jimmy, y, al terminar ésta, hubiera descendido intacto. Brinda quedó pasmada al comprobar la fortaleza de su madre. Como por milagro, la vieja parecía haber recuperado sus fuerzas. Se puso a trabajar en la cocina, y preparó, grandes bandejas de bocadillos, puso a hervir dos cafeteras, vació una en el colador de plata y dispuso la mesa del comedor tan cuidadosa y alegremente cual si fuera a celebrarse una fiesta, ya que la mamá de Brinda sabía dónde estaban los mejores manteles y el mejor servicio de plata y los candelabros de cinco brazos, e incluso puso cuencos para que los invitados se limpiaran los dedos y servilletas de encaje.

Mr. Jimmy se quedó en la sala de estar, tomando copas hasta última hora de la tarde, haciendo caso omiso de la comida que la mamá de Brinda había preparado en atención a los condolidos visitantes. Sin embargo, tan sólo la esposa del pastor y unas cuantas señoras, también viejas, comieron un poco. Llegó el ocaso, los visitantes se fueron, y Mr. Jimmy también. La mamá de Brinda reposó en un camastro, en el sótano, con la mano en el costado que le dolía, pero con el rostro, sólo un poco más oscuro que el de Brinda, compuesto y solemne. Brinda estuvo sentada a su lado durante un rato, y las dos hablaron serenamente de cosas indiferentes, mientras la luz se extinguía al otro lado de las altos y pequeños ventanucos que se abrían en los muros del sótano.

La conversación entre las dos mujeres se había extinguido y muy poco faltaba para que fuese noche cerrada, cuando se oyeron los pasos de Mr. Jimmy entrando en la casa. En aquel momento, parecía que la mamá de Brinda estuviera medio dormida, pero abrió sus ojos oscuros, se aclaró la garganta y, volviéndose hacia su hija, todavía sentada a su lado, le dijo que pidiera a Mr. Jimmy que bajara al sótano un instante porque ella quería hablarle, antes de regresar a casa.

Brinda, dio el recado a Mr. Jimmy, quien le contestó:

-Suba a su mamá, y yo la llevaré a casa en el automóvil.

La mamá de Brinda se había vuelto a quedar sin fuerzas, y fue muy difícil conseguir que subiera las escaleras desde el sótano a la planta baja. Jadeante, descansó, sentada junto a la mesa de la cocina, mientras Mr. Jimmy se duchaba en el piso superior. Varias veces, la cabeza de la mamá de Brinda se venció hacia delante, y Brinda tuvo que coger a su madre, para que no se cayera de la silla. | Pero, en el momento en que Mr. Jimmy bajó; la madre de í Brinda hizo un esfuerzo y se levantó de la silla. A bordo del automóvil cruzaron en silencio la ciudad, camino del barrio de los negros, y hasta el momento en que ya no faltaba mucho para llegar ante la puerta de la casa de las dos mujeres, la madre de Brinda no habló. Entonces, dijo:

-Mr. Jimmy. ¿Se puede saber qué le ha ocurrido a usted? ¿Se puede saber qué clase de vida lleva? Le contestó con dulzura:

-Bueno, la verdad es que, mientras estaba en Nueva York, no llevé muy buena vida.

Con triste convencimiento, la mamá de Brinda dijo:

-No lo dudo. Se mezcló usted con mala gente y cogió sus malas costumbres. ¿Y por qué ha dejado de pintar?

Brinda se asustó cuando su mamá formuló esta pregunta porque, poco después de que Brinda sustituyera a su madre en casa de los Cheng, ella había dicho a Mr. Jimmy, mientras le servía el café: «Mr. Jimmy, mi mamá me pregunta siempre si usted trabaja en el taller, después del desayuno, y, cuando yo le digo que no, se queda tan preocupada que ahora siempre le digo que sí, pero no me gusta decirle mentiras a mamá, porque me parece que se da cuenta de que le miento...»

Aquella fue una de las ocasiones en que Mr. Jimmy no se portó amablemente para con Brinda. En realidad, no sólo fue grosero, sino violento. Cogió una cafetera y la arrojó contra la pared de la cocina, y en aquella parte se veía incluso ahora la mancha del café, allí donde la cafetera había ido a estrellarse. Después de hacer esto, Mr. Jimmy dijo una palabra muy gruesa, y apoyó la cabeza en las pahuas de sus manos temblorosas.

Por esto, Brinda temía que en aquel instante ocurriera algo horrible, provocado por la audaz pregunta de su mamá, pero lo único que Mr. Jimmy hizo fue pasar un cruce con luz roja. La mamá de Brinda dijo :

-Acaba de pasar una luz roja.

-¿Sí? Bueno, igual da...

Entre la casa de los Cheng y aquella en que vivían Brinda y su mamá mediaba bastante distancia. Pocas manzanas después de que Mr. Jimmy hubiera pasado una luz roja, Mr. Jimmy aminoró la velocidad del automóvil y reanudó la conversación, contestando a la pregunta de la mamá de Brinda:

-Ni siquiera yo lo sé. La mamá de Brinda dijo:

-Bueno, pero incluso en el caso de que haya abandonado su trabajo, algo tendrá que hacer. No puede pasarse el día sin hacer nada, absolutamente nada, ¿verdad?

-Algo hago.

-¿Y qué hace?

-Bueno, pues a esta hora voy en automóvil hacia la base aérea, paso junto a la base, sigo adelante, y luego doy media vuelta y regreso. Entonces, aquí y allá, junto a la carretera que conduce a la ciudad, encuentro a bastantes muchachos de la base, haciendo señas para que les lleve, y yo cojo a algunos y me los llevo a casa y tomamos unas copas, y charlamos y bebemos, y al cabo de un rato puede ser que nos hayamos hecho amigos, y puede que no, ¿comprende?

Redujo la velocidad del automóvil y se acercó a la casa. Lo detuvo exactamente delante del sendero que conducía al porche. Lanzó un suspiro, soltó bruscamente el volante y dejó caer la cabeza hacia delante, como si se le hubiera roto el cuello.

La mamá de Brinda también suspiró, y su cabeza no sólo cayó hacia atrás, quedando apoyada en el respaldo, sino que se inclinó un poco hacia un lado. Parecía que a los dos se les hubiera roto el pescuezo. Con la paciencia del perro que no comprende lo que pasa en su presencia, Brinda esperó a que los dos se recobraran.

Por fin, Mr. Jimmy volvió a suspirar, salió del automóvil y se acercó a la portezuela trasera, para abrirla, igual que si Brinda y su mamá fueran dos señoras blancas.

Mr. Jimmy, no sólo ayudó a bajar del automóvil a la mamé de Brinda, sino que la sostuvo durante el trayecto hasta el porche. Quizá si Mr. Jimmy no la hubiera sostenido, la mamá de Brinda se hubiera caído, pero Brinda pudo darse cuenta de que en el comportamiento de Mr. Jimmy había algo más que la simple voluntad de un ser fuerte de dar sostén a otro más débil durante un corto recorrido. Y, una vez hubieron subido los peldaños que conducían al porche, Mr. Jimmy se quedó allí, junto a ellas. Volvió a suspirar ruidosamente, de la misma manera que había hecho dos veces, anteriormente, y dudó durante largos instantes, lo que cohibió a Brinda, tensándole el ánimo, pese a que tanto su madre como Mr. Jimmy no parecieron preocuparse por aquellas dudas. Era como si los dos estuvieran acostumbrados a eso, o como si hubieran esperado que ocurriera. Se quedaron allí, en lo alto de las escaleras, y no se sabía de cierto si se disponían a despedirse o a permanecer juntos un rato más.

Parecían dos personas que se hubieran peleado y que hubieran llegado a un entendimiento, no por haberse puesto de acuerdo, sino porque las dos reconocían la existencia de una realidad triste e inevitable que los acercaba el uno al otro, incluso al no poder llegar a un acuerdo en su disputa.

La mamá de Brinda dijo:

-Siéntese, y quédese un momento con nosotras, Mr. Jimmy.

Mr. Jimmy se sentó. Los dos asientos que había en el porche eran mecedoras. Brinda se sentó en el último peldaño. Mr. Jimmy comenzó a mover la mecedora hacia delante y hacia atrás, pero la mamá de Brinda se quedó quieta.

Al cabo de un rato, la mamá de Brinda dijo:

-Mr. Jimmy, ¿qué piensa hacer ahora?

-No tengo planes. Seguiré como antes. ¿Y cuánto tiempo piensa seguir así?

-Todo el tiempo que pueda. Hasta que algo me lo impida, supongo.

La mamá de Brinda afirmó con un movimiento de la cabeza, y luego se quedó callada, como si calculara mentalmente cuánto tiempo podría Mr. Jimmy seguir viviendo de aquella manera. El silencio se prolongó hasta el instante en que pareció que la mamá de Brinda había hallado la solución del problema. Entonces, la mamá de Brinda se puso en pie y dijo:

-Me estoy muriendo. Voy a morir, ahora.

Lo dijo serenamente, igual que si hubiera dicho que se disponía a entrar en la casa, en aquellos instantes a oscuras. Mr. Jimmy se puso en pie, como si quien se hubiera levantado hubiese sido una señora blanca, y sostuvo la cortinilla de juncos ante la puerta

de madera mientras la mamá de Brinda la abría.

Brinda se dispuso a seguir a su madre al interior de la casa, pero ésta se lo impidió, y le dijo:

-Quédate en casa de los Cheng. Vuelve allá esta noche, límpiala y ponía en orden. Vivan ustedes dos juntos, y cuiden el uno del otro, y tú, Brinda, no permitas que estos muchachos blancos te molesten. Cuando les oigas llegar, baja al sótano, cierra la puerta con llave y no salgas hasta el alba, a no ser que Mr. Jimmy te llame. Si te llama, ve y entérate de lo que quiere.

Se volvió hacia Mr. Jimmy y le dijo:

-¡Y yo que pensaba que los hombres blancos como usted siempre tenían oportunidades para vivir felizmente!

Entró y cerró la puerta con llave. Brinda no podía convencerse de que su mamá la había dejado fuera de casa, pero, efectivamente, esto había hecho. Brinda se hubiera quedado allí, esperando como una tonta ante la puerta, si Mr. Jimmy no la hubiera cogido suavemente por el brazo y la hubiera llevado hasta su automóvil. Mr. Jimmy abrió la portezuela de atrás, para que Brinda entrara, como si fuese una señora blanca. Brinda entró y, mientras se dirigían hacia la casa de los Cheng, Mr. Jimmy pasó varias luces rojas, serenamente, como si no distinguiera los colores. Condujo de prisa y seguro. Cuando llegaron ante la casa de los Cheng, Brinda observó que la planta baja estaba iluminada por una luz muy suave, una luz que se encontraba en el vestíbulo, y esta luz parecía decir algo que nadie había dicho, en estas palabras, durante toda la tarde. Decía que Dios, al igual que los seres humanos, tiene dos manos diferentes, una mano para castigar, y otra mano para apaciguar y acariciar.